

ENTREVISTAS



«Ahora *estoy haciendo* el ABC de Sevilla, que me gusta mucho. Hago algún que otro molde». *Blanco y Negro*, 08-06-1930. Foto Portela.

UN APRENDIZ DE CAJISTA

VAMOS a buscar para los lectores de *Gente Menuda* un amigo en cada sitio, un niño de cada clase que nos cuente su vida, sus trabajos o sus estudios, y sus proyectos y sus ilusiones. Nos haremos amigos de cada niño que pueda representar una de las muchas actividades de la infancia, y os lo presentaremos con todos sus pelos y señales para que oigáis las cosas que nos dice. Así daréis una especie de vuelta al mundo. Por lo menos una vuelta al mundo de los niños.

Para comenzar hemos elegido un amigo de casa, un chico de nuestros talleres, que se presta a contestar a nuestras preguntas y que en un dos por tres nos cuenta su vida y milagros. Su vida no es muy larga, pero sí son muchos sus milagros.

Es pequeño y rubio. Ha subido para hablar con nosotros muy repeinado. Al principio mantiene una reserva sonriente. Habla poco y despacio. Pesa y mide sus palabras. Poco a poco adquiere un mayor dominio

de la situación. Se sienta a mi lado y se deja arrancar de buena gana todas las respuestas. Tiene un perfil agudo y unas manos increíblemente negras, que pueden simbolizar muy bien la marca del oficio en que realiza su aprendizaje. Como es madrileño, madrileño desde las alpargatas al último mechón trigueño y rebelde que se le levanta en la coronilla, y ha crecido a la sombra protectora de las bolas gordas del puente de Segovia, sus palabras tienen un dejo, un aire pausado y gracioso. Lo que dice está dicho y redicho, y no hay quien lo mueva. ¡Es mucho Madrid!

—¿Cómo te llamas?

—Joaquín Ortega.

—¿Qué eres?

—Aprendiz de cajista.

Nos hace un breve esquema de su vida. Lleva dos años y medio en los talleres. Gana 2,25 diarias, pero empezó ganando solo una peseta...

Muchos de vosotros, que estáis leyendo, no sabréis seguramente qué palabra es esa «ganar». No es ni más ni menos que ganarse la vida, y Joaquín Ortega, a vuestra edad, ya se la gana como un hombre.

—¿Cuántas horas trabajas?

—Entro a la una y salgo a las nueve y media. Ahora «estoy haciendo» el *ABC* de Sevilla, que me gusta mucho. Hago algún que otro molde...

—¿Empastelas mucho?

—No. No hay cuidado.

(«Empastelar», en el oficio de Joaquín Ortega, es deshacer, descomponer un molde de tipos de imprenta y que salga cada uno por su lado).

—¿Eres el más pequeño de la casa?

—No. Ahora hay abajo otro más pequeño; pero es como si no estuviera abajo, porque le llaman de Secretaría y sube las cuartillas a la Redacción. Yo también estuve mucho tiempo haciendo eso; pero entró otro y ascendí. Estuve en *Blanco y Negro* y, no crea usted, hasta ajustaba planas. En *ABC* todavía no; pero es mucho más fácil, porque ya está hecha la medida.

—¿Y tú qué quieres ser, Joaquín?

—Mecánico de linotipias.

—¿Qué día tienes libre a la semana?

—Los domingos.

—Vamos a ver, hombre: ¿qué haces los domingos? Eso es muy interesante.

—Pues verá usted. Según. Porque tengo unos hermanos en un colegio, y se va a verlos cada quince días. Si no tengo que ir a ver a mis hermanos, pues voy al fútbol o al teatro.

—¿Cuál es tu equipo favorito?

—El Real Madrid. Teatro he visto poco, porque no he tenido gran afición a ello. El cine me gusta más que

el teatro. Pero el cine hablado no lo he oído todavía. No he tenido tiempo... Los toros también me gustan. Más que el fútbol...

—¿Y cuál es el torero que te gusta?

—Mi torero es Valencia II. Y también Marcial, y Antonio Márquez. Toreros madrileños.

—¿Te gustaría a ti ser torero?

—¡Hombre...! Es una cosa ya un poquito difícil de realizar. Me gustan los toros, pero desde la barrera, como los buenos aficionados.

—¿Y tú a qué juegas?

—Al fútbol más que a ninguna otra cosa. Soy interior derecha o extremo derecha; pero juego de todo. Lo mismo juego de una cosa que de otra.

—¿Tienes amigos?

—Sí. Verá usted. Somos cuatro amiguitos: Juan, Segundo, Vicente y yo.

—¿Qué son tus amigos?

—Uno es fotógrafo, el otro cerrajero y el otro impresor, marcador de máquinas planas.

—¿Trabaja en los mismos talleres que tú?

—No. Nunca he salido con ninguno de abajo.

—¿Y qué hacéis los cuatro sueltos por Madrid?

—Hombre, lo que se tercia...

—¿Sois buenos?

—Buenos que digamos... El más malo de los cuatro creo que soy yo. Pero, vamos, no somos malos.

—¿Qué lees? ¿Te gusta leer?

—Leer... Novelas de aventuras: Dick Turpin, Buffalo Bill, etc. Los antiguos. Los que hay ahora no valen, no se pueden comparar ni por asomo.

—Dime, de leer esas novelas, ¿no te han entrado deseos de correr tú también aventuras?

—No, señor. Yo soy muy pacífico. No me excito por tan poca cosa.

—¿No te entran deseos de correr mundo, de ser pirata, de cazar leones...?

Se sonríe pícaro y escéptico.

—¿De cazar leones...! Un poquillo arriesgado es eso.

—Entonces, ¿qué va a ser de tu vida?

No se pone serio; pero contesta con gran seguridad:

—Lo que señale el destino.

—Cuéntame algo que te haya pasado.

—Me han pasado muchas cosas. Una vez me fui a bañar al Manzanares y dejamos la ropa en una piedra que había en el río, vino el guarda y, por cogerla de prisa, nos quedamos sin ella. Se llevó la ropa el río y volvimos a casa cada uno con una americana prestada por todo traje... Otra vez... Verá usted. Yo estoy en un equipo, en el Club Deportivo Manzanares, de interior derecha en el Infantil. Una vez fuimos a ver jugar al primero con el equipo de Pozuelo. Fuimos a verlos, y

como los enemigos jugaban sucio, fue uno de los nuestros y dijo: «¡Muera el Pozuelo!», y vino el alcalde con una pareja de la Guardia Civil y nos quiso llevar a la cárcel. Por fin nos dejaron. Luego estábamos muertos de hambre. No habíamos llevado merienda y fuimos a la panadería. Ahora viene la tragedia. Pedimos un pan y no nos lo quisieron vender, y tuvimos que emprender el camino a pie, por haber perdido el tren. Y según íbamos por el camino —ahora viene la tragedia— vimos un sembrado de cebollas y nos comimos todo aquel campo de cebollas. Estábamos desfallecidos. Luego, en casa, una pequeña bronca y a dormir.

Joaquín continúa contándome sus hazañas deportivas y sus viajes. Ha ido a Getafe y a Aranjuez. Ha ganado una copa en el campeonato Vega...

Nuestra entrevista toca a su fin. Nuestro amigo ha volcado ya el tesoro de sus confidencias. Como por la casa ha corrido la voz de que a Joaquín le están haciendo una interviú, todos los demás chicos: los «botones», los aprendices, se asoman a la puerta para vernos y se ríen. Algunos se acercan y acaban por rodearnos. Julito, Mariano, el *Cano*, se unen a nuestra conversación y me cuentan muchas cosas iguales. Las vidas de estos chicos tienen muchos puntos de contacto con la de Joaquín, y un mismo teatro de acción que cruza exactamente el Manzanares, que, según Quevedo, es

«arroyo aprendiz de río», como Orteguita es aprendiz de cajista. Solo que el Manzanares lleva muchos años de aprendizaje, sin adelantar en categoría, y Joaquín dentro de unos años, ¿verdad?, será un buen mecánico de linotipias y quién sabe si un internacional de fútbol. El mundo da muchas vueltas.

ROENUECES

Blanco y Negro (Madrid)

08-06-1930, pp. 109-111